



EL SEXENIO DE MANUEL ÁVILA CAMACHO: UNA MIRADA DESDE LA OPOSICIÓN CONSERVADORA E IZQUIERDISTA

Jorge Alonso Ciesas

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social

El gobierno del general Manuel Ávila Camacho fue una continuación moderada de los gobiernos posrevolucionarios en México. Se suele hablar de política interior para enfatizar el comportamiento gubernamental que atiende los asuntos y problemas que tienen lugar en el territorio estatal, dejando al margen las cuestiones concernientes a las relaciones con otros Estados. No obstante, en el periodo avilacamachista la política interior estuvo determinada por la política exterior debido al desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, a la que México tuvo que ingresar en el bando de los aliados contra Alemania, Italia y Japón. Una forma útil para explorar la política interna de un gobierno es el seguimiento de sus relaciones con las fuerzas políticas del país. A inicios de la quinta década del siglo XX el contingente político más numeroso se encontraba en los sectores de los militares, burócratas, trabajadores y campesinos encuadrados en el partido oficial, donde imperaba el control presidencial. En un ambiente bélico sus contradicciones, alianzas y confrontaciones internas se reducían en gran medida e imperaba la obediencia. Quienes podían actuar con alguna independencia eran los partidos y agrupaciones políticas que no estaban obligados a la disciplina partidista oficial. Por eso se he optado por realizar un acercamiento a la política avilacamachista explorando las percepciones de un partido opositor como el Partido Acción Nacional

(PAN), del sinarquismo y de agrupamientos disidentes de la izquierda mexicana.

La óptica panista

El Partido Acción Nacional (PAN) había sido creado a finales de 1939 como una posición que contrarrestara la política de masas del cardenismo en México. No tuvo candidato oficial en las elecciones presidenciales de 1940, pero muchos panistas apoyaron la candidatura del general Juan Andrew Almazán, quien no había recibido el beneplácito del partido oficial. Dos de las figuras más importantes de este partido eran Manuel Gómez Morín y Efraín González Luna. El primero era el presidente de ese partido y vivía en la ciudad de México, en tanto que el segundo era uno de los pensadores más respetados dentro del nuevo partido y residía en Guadalajara, la segunda ciudad más importante de la República Mexicana. Una revisión de la correspondencia entre ellos da luz de cuál era su opinión acerca de los distintos aspectos de la política del presidente Manuel Ávila Camacho, quien gobernó México entre 1940 y 1946.¹

Contradicciones en torno a la legislación educativa

Una primera toma de postura frente al nuevo gobierno por parte de la dirigencia del panismo fue activar a finales de 1940 una campaña





EXPEDIENTE

en contra de la legislación educativa contenida en el artículo tercero constitucional. El avilacamachismo aceptó eliminar la imposición de la educación socialista; pero los panistas no se conformaron con este compromiso porque apuntaban que las modificaciones que se habían hecho mantenían el monopolio educativo a cargo del Estado. González Luna se quejaba de que los contactos mantenidos con el nuevo gobierno en torno a esta cuestión se habían quedado en promesas veladas de una reforma sustancial. Consideraba que todo había sido un plan para utilizar la exigencia panista en pro de la derogación de la reforma educativa cardenista como argumento del gobierno ante los sectores más izquierdistas del régimen, a fin de que no estorbaran las modificaciones realizadas a la ley. No obstante, a principios de 1941 el político jalisciense pensaba que el relevo producido en la administración constituía un avance. Se inclinaba a otorgar al nuevo gobierno el beneficio de la duda, aunque sin abandonar por ello su cautela.

Búsqueda gubernamental de entendimiento con la oposición panista

El sinarquismo, de inspiración falangista, fue tomando fuerza a principios de la década de los cuarenta, sobre todo entre campesinos del centro y del occidente del país. La Confederación de Trabajadores de México (CTM), ligada al gobierno, había decidido combatir tanto a los sinarquistas como a los panistas por considerar a ambas expresiones de la derecha contrarrevolucionaria. Ante esta situación, González Luna se preguntaba si los intentos de contacto y las promesas tranquilizadoras que se habían ido sucediendo desde antes de que el nuevo equipo gobernante tomara posesión no constituirían en realidad una estrategia deliberada para frenar a la oposición. No quería caracterizar al avilacamachismo como una mera continuación del cardenismo, pero creía que el nuevo gobierno no llegaba a cumplir sus promesas en torno a una verdadera reforma en materia educativa. Llama-

ba a evaluar la participación en el gobierno de cierto tipo de personalidades que, proviniendo de anteriores administraciones, formaban parte de la actual, aunque declararan preferir una orientación más izquierdista. Por ello, González Luna consideró que los contactos con el nuevo gobierno no llevarían finalmente a nada. Gómez Morín no estaba de acuerdo con esta postura y mantuvo la disposición de su partido para seguir conversando con la nueva administración.²

Posturas panistas ante el inicio de la Segunda Guerra Mundial

Ante la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial, el dirigente de la CTM, Lombardo Toledano, sin dejar de ver a los católicos como reaccionarios, los invitó a colaborar con la unidad nacional que México necesitaba en esos momentos. González Luna juzgó que esto último no era sino la gastada táctica de la mano tendida.³ Estaba en contra del nazismo, por su barbarie, perversidad y herejía,⁴ pero también condenaba el peligro del comunismo.⁵ Consideraba torpe, culpable y antioccidental la alianza con los rusos. A quienes deseaban la victoria de Inglaterra y de Estados Unidos los invitaba a reflexionar sobre el peligro soviético entrañado por la misma. Pero ahí no terminaban sus advertencias. Alertaba también sobre la amenaza imperialista representada por los Estados Unidos en América. No le gustaba el empeño estadounidense para intentar romper los lazos entre América Latina y la España franquista. Si bien, para evitar otro tipo de confusiones, no se refería al franquismo propiamente sino a la hispanidad.⁶ González Luna clarificaba su opinión respecto de la guerra, a la que entendía como una confrontación o choque entre sistemas políticos y formas de vida representados, en un caso, por Inglaterra y los Estados Unidos, y en otro por Alemania y Japón. La elección no podía ser dudosa y personalmente la había hecho desde el primer momento. No obstante, siempre consideró la alianza de las democracias con la URSS





como un error.⁷ Deseaba el triunfo de Inglaterra y Estados Unidos, pero de ninguna manera de la URSS. La derrota total del comunismo y del nazismo debía ser inflexiblemente postulada por quienes, fieles a la cultura cristiana, no deseaban contradecir sus convicciones.⁸

Para González Luna la guerra en curso era algo más que una querrela por predominios económicos y políticos. Más que una recomposición de fuerzas en el equilibrio del poder mundial, más que una disputa de formas de gobierno, veía en ella el choque entre sistemas culturales activos. Había una conjugación de doctrinas, instituciones, normas éticas y jurídicas, costumbres, sensibilidades, aspiraciones, conceptos del hombre y su destino.⁹ Condenaba las tesis del comunismo soviético, al que calificaba de antirreligioso, totalitario y esclavizador, y se escandalizaba de que México fuera un paraíso para la propaganda soviética.¹⁰ Consideraba que Rusia resistía en la guerra, pese a su régimen político. Exhortaba a desmontar la propaganda roja que estaba utilizando la valiente reacción soviética ante el ataque alemán. Llamaba a no confundir la resistencia nacional ante una invasión con la dirección política en ese país. Afirmaba que la URSS no era una democracia combatiente y que tenía propósitos de expansión territorial en el este de Europa. Por todo ello exhortaba a que en México se mantuviera una política distante con respecto a la URSS.

Posturas panistas ante el ingreso mexicano al conflicto bélico

En mayo de 1942 fueron hundidos dos barcos petroleros mexicanos por submarinos alemanes. Una comisión de la dirigencia panista, encabezada por Gómez Morín, tuvo una entrevista con el presidente de la República. El partido estaba preocupado por las implicaciones que podía tener el hecho de que México participara directamente en el conflicto. Ávila Camacho hizo saber a los panistas que había tropas estadounidenses dispuestas a llegar hasta la capital de la

República en caso de que México no adoptara esa decisión. Poco después, el gobierno declaró el estado de guerra contra Alemania, Italia y Japón. El PAN manifestó entonces que todos los mexicanos tenían el deber de compartir el esfuerzo común que tal decisión exigía.¹¹ Pese a ello, las reticencias estadounidenses hacia este partido llevaron a la Procuraduría General de la República a pretender que el PAN solicitara un permiso previo para cada una de sus reuniones. La dirección panista replicó que la vida diaria del partido no se reducía a tratar asuntos electorales. Cada uno mantuvo su punto de vista, lo que ocasionó mayores tensiones que las que se habían producido hasta entonces. El resultado fue que el Ministerio Público Federal empezó a mandar funcionarios a las reuniones panistas.

González Luna reflexionó sobre la entrada de México en la guerra. El dirigente panista remarcaba que no había ninguna disputa territorial pendiente ni se estaba rechazando una invasión de las potencias del Eje, sino que los mexicanos se habían visto arrastrados a una crisis internacional gestionada por otros. México se encontraba en guerra por solidaridad con Estados Unidos. Llamaba a tener una política propia clara en el conflicto y utilizarla para fortalecer la unidad nacional, pues había que afirmar la propia personalidad de México en la colaboración con los aliados. Señaló que se atravesaba una coyuntura de trágica ambivalencia, pues el Estado podía aprovechar la guerra para asegurar y robustecer la unidad nacional, con lo que se compensarían todos los sacrificios que el conflicto impusiera y se saldría de la prueba con aptitud para una nueva vida justa, libre y sana; pero también se corría el riesgo de que el abuso de poder, la pasión sectaria y la desnaturalización de las funciones estatales frustraran la esperanza de los mexicanos de que México fuera para todos una verdadera patria, un hogar libre, limpio, abundante, ordenado y generoso. González Luna hizo circular entre las bases partidistas un documento para orientar y despejar dudas en torno al alcance de la política avilaca-





machista de unidad nacional, incrementada con motivo de la guerra. Sostenía que para todos los mexicanos, y especialmente para los miembros de Acción Nacional, era derecho y deber la participación en el inmenso esfuerzo común que para la unidad y salvación de la patria imponía el estado de guerra. Sin embargo, eso no implicaba la recomendación de aceptar o participar en toda clase de organizaciones o actividades que utilizaran fórmulas o propósitos aparentemente patrióticos. Los miembros del PAN deberían tener cuidado, en cada caso, para no incurrir en el error de colaborar con movimientos o empresas inspirados en el fondo por el egoísmo de facción y el apetito de control político. Para evitarlo se recomendaba que hubiera un estrecho contacto con la dirección panista. Desmintió la versión que se estaba propalando de que el PAN iba a suspender todas sus actividades durante el estado de guerra. Recordó que Acción Nacional tenía deberes que no debía abandonar, como la defensa de su doctrina, la conservación y el desarrollo de su organización, así como la orientación de la conducta política de sus miembros y del pueblo. Enfatizaba que el decreto de suspensión de garantías individuales no implicaba la anulación de un régimen de derecho para ser substituido por uno de arbitrariedad.¹²

Una medida avilacamachista adoptada en el contexto de la guerra fue la instauración del servicio militar obligatorio. El panismo aplaudió una disposición que, entendía, facilitaría la formación de una nueva conciencia nacional. Consideraba que el ejército forjaba caracteres nacionales, pero advertía que se debía tener en cuenta que el reclutamiento debía tener como finalidad el bien común y no la defensa de un régimen político determinado.

Nuevos intentos de cooptación

Como parte del esfuerzo para lograr la unidad nacional durante la guerra, un sector del oficialismo propuso que algunos cuadros del PAN aceptaran candidaturas en 1943 dentro del ofi-

cialista Partido de la Revolución Mexicana. La dirección panista rechazó la sugerencia e hizo una contraoferta: se podría dar el caso de candidaturas ostensiblemente panistas o de algún otro organismo respetable a cuya postulación se sumaran otros, pues era conveniente contar con hombres de oposición en el poder legislativo.¹³

Por su parte el Partido Comunista, que desde la invasión de la URSS había restablecido su apoyo al oficialismo, empezó a exigir la disolución de Acción Nacional y el encarcelamiento de sus dirigentes. Uno de los dirigentes de la CTM denunció ante la Procuraduría General de la Nación la publicación de panfletos subversivos y antiamericanos que atribuía a González Luna, a quien acusaba de ser uno de los jefes de una pretendida quinta columna del Eje en México.¹⁴ Se trataba de una acusación sin fundamento. Lo que sí hacía González Luna era señalar las contradicciones del régimen que se presentaba como promotor de una reforma social, cuando en realidad se había convertido en una fábrica de millonarios. Consideraba que la situación que vivía el país en medio de la guerra estaba provocando un cierto caos y planteaba que, para rehacer una unidad espiritual, debía concluir la guerra. Especialmente preocupante le resultaba el avance del comunismo y el supuesto apoyo gubernamental a quienes lo propugnaban. Argumentaba que el comunismo y la democracia eran antitéticos. Criticó a Lombardo Toledano y a sus interpretaciones materialistas de la historia y rechazó los ataques de éste en contra de Acción Nacional. Finalmente, González Luna analizó los factores que, a su entender, habían llevado al país a una crisis económica y de valores. La elevación del costo de la vida era más alta en México que en Estados Unidos y Canadá. Había ineptitud y corrupción en el gobierno. Éste se encontraba obligado a formular un programa completo, coherente y certero de desarrollo económico. Tenía que reprimir la codicia desenfundada de sus propios funcionarios. Había que frenar la especulación de los particulares.





No obstante estas fricciones, Ávila Camacho envió una carta a Gómez Morín para sondear las posibilidades de colaboración. El destinatario la consideró como un signo de la voluntad de acercamiento del presidente, pero para los diputados del PRM la iniciativa presidencial había correspondido a un intento de paralizar al líder de Acción Nacional en su sistemático plan de oposición negativa. González Luna opinaba que la misiva presidencial no pasaba de ser una vaga declaración de intenciones y que había que esperar que el gobierno plasmará sus intenciones en hechos. Además era escéptico respecto de los frutos que pudieran dar las sugerencias que la dirección panista aportara al presidente. Temía que gente del círculo presidencial aprovechara esa ocasión para hacer réplicas violentas en contra de Gómez Morín y del PAN. Le parecía que el presidente Ávila Camacho había usado procedimientos aparentes de moderación y conciliación en un trato enteramente superficial con la oposición sin comprometerse realmente a nada. Apoyaba sus críticas en la evidencia del desconcierto, empirismo e ineficiencia de las medidas que hasta ese momento había adoptado el Estado frente a la crisis. Consideraba que el avilacamachismo había venido improvisando soluciones bajo la presión de los problemas. No tenía un programa íntegro, preciso, certero, que hiciera posible la recuperación de la economía mexicana en el contexto de la guerra. Ante la pregunta de si Acción Nacional podría colaborar con el gobierno para contribuir a la reconstrucción económica, González Luna precisó que Acción Nacional era un partido de oposición contra todo lo que en el Estado negaba al hombre, a las comunidades naturales y a la nación; pero que no era sistemáticamente hostil a iniciativas o actividades del gobierno. Las que estuvieran positivamente dirigidas a la realización del bien común tendrían la aprobación y aún la colaboración de Acción Nacional. El líder panista defendía que una enérgica crítica, libre y honrada, y una formulación de tesis y soluciones resultarían manifestaciones deseables y be-

néficas. Acción Nacional servía al país fuera del gobierno y en la oposición. No veía que, en ese momento, pudiera haber otra posibilidad de colaboración entre Acción Nacional y el ejecutivo. Señalaba que, fuera de la administración, los panistas podían participar en actividades de servicio social que a veces coincidirían con la acción del Estado, pero que eso no comprometía en nada la conducta del partido. E iba aún más allá al señalar que si la oferta de colaboración realizada por Ávila Camacho se refería al nombramiento de miembros del PAN para desempeñar determinados cargos, la respuesta de González Luna era negativa. No creía que en aquel momento existiera esa posibilidad. Personalmente estaba convencido de que el PAN incurriría en un grave error si participaba en un régimen que no tuviera al menos las características de un gobierno de concertación nacional. Y eso no sucedía sólo porque elementos de diversos partidos desempeñaran funciones oficiales. En cambio, Acción Nacional podría colaborar con el régimen en las formas ya anotadas, sin renunciar por ello a su libertad de acción ni a su deber de sostener una patriótica oposición. Y para que no quedara duda afirmaba que en su forma, naturaleza, propósitos y actividades de ese momento, el PRM era totalmente incompatible con Acción Nacional, ya que era un mecanismo de monopolio político del grupo al que los avatares de la Revolución Mexicana habían colocado en el poder. Gómez Morín concordaba en este punto con las apreciaciones de González Luna.¹⁵

En octubre de 1943 Gómez Morín, a solicitud de Ávila Camacho, entregó al presidente un memorándum en el que proponía una serie de recomendaciones para remediar la grave crisis económica que por entonces azotaba a México.¹⁶ No se tomó ninguna de las medidas propuestas por este partido, por lo que el PAN publicó cinco años después ese documento para hacer ver que los problemas proseguían, pese a que la dirigencia panista había planteado soluciones a los mismos desde hacía tiempo.

Ávila Camacho precisó que lo que pretendía





del PAN era que, en unión con otras formaciones políticas, participara en un esfuerzo conjunto para estudiar los problemas que tendría el país en la posguerra. Los panistas no se oponían a proponer sus propias soluciones a los problemas de México. No obstante, la situación bélica en 1944 se seguía prestando para que funcionarios del régimen persistieran en obstaculizar las reuniones de Acción Nacional, con el argumento de impedir las expresiones de la reacción. Como éstas se realizaban de todos modos, varias de ellas fueron violentamente atacadas. Un ejemplo de esto fue la irrupción violenta de un grupo de comunistas en la Asamblea Inter-Regional de Torreón, celebrada a mediados de 1944, que estaba presidida por el propio González Luna y cuyo tema era la anarquía en lo moral, lo económico, lo político, lo social, lo administrativo y en la impartición de justicia. Las disposiciones gubernamentales que prohibían expresamente las reuniones del sinarquismo afectaron también a los panistas.

La guerra, la hispanidad y el comunismo

González Luna planteaba en 1945 que la guerra había sido una ocasión para que Hispanoamérica tuviera la oportunidad de articular una amistosa solidaridad. Enfatizaba que las patrias de estirpe española deberían integrar una familia natural. Se trataba de pueblos diferentes, jurídicamente iguales, fieles a su propia esencia. No obstante, la oportunidad estaba pasando sin ser aprovechada. Estados Unidos, concentrando el poder económico, político y militar, proseguía desarrollando una agresiva política imperialista hacia el continente. En México y en la mayoría de Hispanoamérica la representación política de la Nación por el Estado era puramente ficticia, porque sus pueblos habían desertado de la ciudadanía y habían abandonado el cumplimiento del deber político. La alianza militar de México con Estados Unidos era impopular porque había sido apresurada y el país real no había tomado parte en la misma. México podría haber actua-

do como el hermano mayor de la comunidad hispanoamericana y el eslabón de enlace entre ésta y Estados Unidos, pero el divorcio entre el Estado y la nación bloqueaba este propósito. González Luna criticó en este mismo sentido el aval del gobierno mexicano a los refugiados españoles y denunció la penetración comunista en México. Aclaró que no objetaba la solidaridad continental en la guerra, pero no podía dejar de denunciar la existencia de una realidad hispanoamericana a la que no correspondía una consecuente política internacional.¹⁷

En mayo de 1945 terminó la guerra en Europa. González Luna veía con mucha preocupación el avance territorial de la URSS de Stalin. No consideraba que el triunfo militar de Estados Unidos, Gran Bretaña y la URSS fuera una victoria democrática. Denunciaba que en todas las naciones ocupadas o dominadas por la URSS prevalecía un régimen inhumano de opresión, terror y negación de derechos y libertades absolutamente fundamentales.¹⁸ González Luna se opuso a lo que llamó una guerra ideológica en contra de algunos pueblos iberoamericanos que habían optado por una posición de neutralidad en la recién terminada guerra mundial. Se trataba en concreto de España, Portugal y Argentina. Si se argumentaba que en esos países estaban proscritos los procedimientos democráticos, González Luna precisaba que aparte de que era inaceptable la tesis de que la autenticidad de la representación política del pueblo, médula de la democracia, solamente podía realizarse a través de fórmulas y rutinas determinadas, este argumento carecía de consistencia dado que entre los aliados predilectos de Estados Unidos estaba el PRM de México y su régimen de partido único maquillado. A Estados Unidos le tenían sin cuidado dictaduras como las de Rafael Leónidas Trujillo en Santo Domingo o la de Jorge Ubico en Guatemala.¹⁹ Lo que existía era un resentimiento vengativo en contra de la neutralidad. El dirigente panista planteaba que si la democracia tenía un sentido respetable en el orden internacional era porque ningún poder podía suplantar





la autónoma decisión de las naciones para participar o no en una guerra. Lo que estaba operando en realidad era un prejuicio antiespañol y el chantaje soviético. González Luna manifestaba de ese modo su simpatía por esos tres países ibéricos y católicos.²⁰

A raíz del bombardeo atómico a ciudades japonesas, González Luna sostuvo que constituía una evidencia objetiva de la caída vertical de los valores éticos. Sin una renovación del espíritu cristiano, la humanidad no sería capaz de elevación moral. El desarrollo tecnológico no la salvaría de la barbarie.²¹ González Luna percibía síntomas alarmantes de la decadencia de Occidente por la falta de fe en sus principios vitales, por la relegación de los valores cristianos y porque se toleraba «la barbarie roja» en los países ocupados por la URSS. El líder panista condenaba el terror marxista que consideraba había existido en el segundo lustro de la década de los treinta en España, al tiempo que elevaba su voz en contra de lo que falsamente se hacía querer pasar como consagración democrática del comunismo al atacar a la España franquista.²² Esperaba que en España se sostuviera Franco hasta que se restableciera la normalidad. Gómez Morín concordaba con esta apreciación, pues calificaba de estupidez el pensar que España «pudiera ser entregada a los rojos».

González Luna aceptaba que en México se habían producido importantes cambios, pero no los que se necesitaban. Consideraba que con Cárdenas la persecución directa del culto, del sacerdocio y de las obras católicas había dado lugar al sistemático cultivo del materialismo marxista en la escuela y en el mundo del trabajo. Ciertamente, Ávila Camacho había puesto término a la persecución, pero no había revocado la legislación anticlerical que impedía el establecimiento de un régimen de derecho común para el catolicismo.²³

El panismo ante los obstáculos electorales

El que hubiera terminado la guerra tampoco implicaba que hubiera en México libertad de opción política, pues a principios de 1946 el ejército había ametrallado a un grupo de ciudadanos de la Unión Cívica Leonesa, los cuales celebraban un mitin en la ciudad de León en contra de un fraude electoral. El saldo había sido de 26 muertos y 30 heridos graves. El PAN acudió ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación, la cual designó una comisión para que investigara los sucesos de León. Gómez Morín opinaba que la intervención de la Suprema Corte de Justicia sentaba un precedente que podría ser el comienzo de una era de responsabilidad y limpieza en la vida política de México. Ante el enojo popular provocado por esa barbarie la Secretaría de Gobernación tuvo que solicitar la desaparición de Poderes en el estado de Guanajuato.²⁴ Los dirigentes panistas examinaron la situación y concluyeron que el régimen no iba a dejar de defender su posición de privilegio. En ese año se celebraba la campaña para la sucesión presidencial. El candidato oficial era Miguel Alemán. El gobierno negoció con la organización cívica leonesa independiente para que se sumara a la campaña oficialista. La dirección panista constató que la conciencia cívica independiente había sido débil y fugaz. Gómez Morín calificó ese hecho como una traición que los dirigentes de esa organización habían querido encubrir alegando que buscaban la buena voluntad de la futura administración gubernamental.²⁵

El presidente Ávila Camacho, más allá de expresar su deseo de reformar leyes y condiciones de las elecciones para hacerlas libres, garantizó la ayuda estatal sin restricciones a la candidatura oficial. Para la dirigencia panista quedaba claro que el propósito presidencial no había ido más allá de facilitar una cierta participación de la oposición en las cámaras, más bien simbólica. Los panistas reclamaban una verdadera reforma política, que entrañara un cambio completo de la ley electoral; una adecuada preparación ad-





ministrativa de las elecciones; un sistema de garantías positivas a los partidos y a los electores; la disolución del partido oficial; la abstención de las autoridades respecto de cada forma de hostilidad o de apoyo a partidos y candidatos; la severa represión de las injerencias ilícitas, la limpieza de todos los canales de emisión del voto y su defensa. Esa reforma no debía tolerar limitaciones, reservas ni dosificaciones arbitrarias. Los panistas consideraban que el propósito presidencial de cambio en esta materia, manifestado en la reforma político-electoral de 1946, había quedado en retórica y no se había llevado a la práctica con decisión y eficacia.²⁶ Hubo solemnes promesas de respeto al sufragio y falsificación del mismo. Las elecciones de 1946 pusieron pronto de manifiesto que el oficialismo no estaba dispuesto a perder los puestos de elección popular de los que se había posesionado mediante la violencia y el fraude.

Sin embargo, González Luna no creía que la reforma electoral fuera imposible. La nueva ley, aunque insuficiente y tardía, había mejorado de manera apreciable la anterior, que era pésima. No obstante, la nueva legislación tenía fallas nocivas: la autoridad suprema en el proceso preparatorio de las elecciones seguía dependiendo de un departamento administrativo del régimen y la instancia final de calificación de los resultados se confiaba precisamente a los candidatos mayoritarios, lo que implicaba que quedara en manos de los beneficiarios más conspicuos e interesados de la imposición.²⁷ La preparación en sí de las elecciones de 1946 fue muy deficiente debido al retraso en la aprobación de la reforma legislativa, que Acción Nacional había exigido públicamente para participar. La integración de los organismos electorales fue tardía. El empadronamiento también se retrasó por lo que no pudo comprender a la mayoría del electorado. No hubo tiempo de rectificar anomalías de la división territorial que eran producto de deliberados planes de fraude. Se había dejado subsistir intacto al partido oficial. Se permitió el público y activo partidismo de las autoridades.

Grandes cantidades procedentes de las arcas públicas fueron dilapidadas en simulaciones costosas de popularidad y fuerza de los caciques provinciales. En definitiva, toda la maquinaria electoral había quedado en manos del refundado PRI. Los fraudes fueron preparados con anticipación y consumados con desvergüenza fuera de las ciudades más importantes. El grupo monopolizador del poder político había tirado la máscara cuando había advertido que un vigoroso movimiento cívico ponía en peligro su posición. El régimen no había hecho nada por respetar la voluntad popular.²⁸ Pese a que no abandonó su postura crítica, el panismo fue una oposición leal.

De una derecha radical a una derecha moderada

Existe una amplia bibliografía acerca del sinarquismo.²⁹ Considero que una interpretación novedosa y bien fundada se encuentra en las recientes investigaciones de Rodrigo Ruiz Velasco.³⁰ A principios del sexenio avilacamachista, cuando la población estaba por alcanzar la cifra de 20 millones de habitantes, el sinarquismo tenía casi medio millón de militantes. Era la fuerza opositora masiva más poderosa. Este movimiento pugnaba porque los campesinos fueran dueños de sus parcelas, lo cual contrastaba con la propiedad social ejidal que había promovido el cardenismo.

El abstencionismo sinarquista

En las elecciones presidenciales de los años cuarenta la oposición de derechas simpatizaba con la candidatura almazanista, pero el sinarquismo prefirió optar por el abstencionismo. Ruiz Velasco apunta que existió la versión de que esa posición se había tomado en contacto con Ávila Camacho para que éste fuera tolerante con ese movimiento. No obstante, Ruiz Velasco ofrece datos según los cuales Salvador Abascal desmentía dicha versión, aduciendo que Almazán no era confiable debido a su proceden-





cia de las filas revolucionarias. Este historiador cita además una carta enviada por Abascal a Lázaro Cárdenas, el 9 de septiembre de 1940, en la que explicaba al presidente que el sinarquismo no había participado en la contienda electoral porque consideraba que las verdaderas aspiraciones del pueblo mexicano no se lograrían con el triunfo de un candidato, porque sabían que el voto popular no sería respetado y porque los sinarquistas no quisieron inmiscuirse en la contienda electoral ya que habrían tenido que denunciar el fraude, lo cual hubiera desatado una lucha violenta que habría dañado a la nación. Ruiz Velasco añade otro elemento al enfatizar que la presidencia de Ávila Camacho fue moderada y que eso repercutió en la acción del sinarquismo, que se había expandido en reacción al radicalismo revolucionario cardenista. También esclarece que para el sinarquismo el modelo no era el nazismo nacido en la Alemania luterana, ni el fascismo que exaltaba una raza y un gobierno. El dirigente sinarquista Abascal se proclamaba nacionalista radical. No obstante, Abascal abrigaba la esperanza de que Hitler fuera el instrumento divino, debido a su genio militar, para destruir a la URSS. Ruiz Velasco recuerda que Abascal mandó al presidente Ávila Camacho un telegrama, en septiembre de 1941, en el que protestaba porque había calificado al sinarquismo de «algo exótico», cuando el sinarquismo combatía tanto el fascismo, como el comunismo y los movimientos anticristianos. Abascal también le hizo saber al presidente Ávila Camacho que lo que tenía peso en el movimiento sinarquista era la doctrina social de la Iglesia católica.

Documentos reveladores

En marzo de 1941 ante el conflicto bélico el sinarquismo proclamó que se mantendría neutral y criticaba la mentalidad colonial que no podía ver a México sino como supeditado a las decisiones de otros, en referencia al giro cada vez más pro estadounidense de la administración avilacamachista. El sinarquismo ponía

en duda que Inglaterra combatiera por la libertad del mundo, ni por la civilización cristiana. Pronosticaba que Estados Unidos entraría a la guerra para salvar a Inglaterra, y que en esto involucraría a las demás naciones americanas. Los sinarquistas se oponían a que se hicieran concesiones para bases estadounidenses en territorio mexicano porque ello acabaría por convertir al país en una colonia y acusaban al gobierno avilacamachista de plegarse ante el presidente Roosevelt.³¹

El sinarquismo se decía seguidor del hispanismo y no del panamericanismo promovido por Estados Unidos y acatado sumisamente por Ávila Camacho. Ruiz Velasco enfatiza que esas posiciones molestaron tanto al gobierno estadounidense como al de Ávila Camacho, y que los sinarquistas y sus dirigentes empezaron a ser objeto de un mayor seguimiento por parte de los mecanismos de espionaje. Aunque las evidencias de que los sinarquistas no tenían contacto con los gobiernos de Alemania y Japón eran claras, empezaron a aparecer documentos que, sin aducir pruebas de ningún tipo, alimentaban la sospecha de que dichos contactos existían. Ruiz Velasco incorporó en un anexo de su tesis un documento inédito proveniente de los archivos desclasificados del *Federal Bureau of Investigation* (FBI), en el que se mencionaba que el sinarquismo había sido creado ante un notario con un alemán como testigo. Ruiz Velasco indagó la pista y concluyó que el informe no aportaba ninguna prueba del nexo nazi, al tiempo que ponía en duda el carácter fidedigno del documento por la aparición de nombres que no correspondían con la historia del sinarquismo. Ruiz Velasco destaca que lo relevante de este informe no es su veracidad o no, sino que llegara a altas esferas del gobierno estadounidense y que apuntara hacia Abascal como un personaje de interés para el gobierno germano. Al contextualizar este documento Ruiz Velasco precisa que el papel de esta clase de documentos era presionar a Ávila Camacho para que actuara en contra del sinarquismo. Otro documento de





la inteligencia norteamericana citado por este autor indicaba la existencia en 1942 de una división interna en el sinarquismo entre quienes estaban a favor de las potencias del Eje y los que querían aproximarse al gobierno estadounidense, lo cual había desembocado en el cambio de dirección que se había producido en el movimiento. Efectivamente, el conflicto interno obligó a Abascal a abandonar la dirección del sinarquismo y emprender sus proyectos de colonización de Baja California para levantar una comunidad católica al estilo de la utopía de Tomás Moro.³² Para llevar a cabo esta empresa, Abascal buscó el apoyo de Ávila Camacho, a quien le ofreció la colaboración del sinarquismo en el espíritu de la unidad nacional. El presidente aceptó y prometió ayuda económica, la cual fue finalmente muy exigua. La escasez de agua y la falta de apoyo oficial impedirían, a la postre, que la colonización sinarquista prosperara.³³ Antes de ello, el Comité Antinazifascista lanzó la acusación de que la colonización respondía al proyecto de formar una cabeza de playa para que las potencias del Eje invadieran México y Estados Unidos. Ruiz Velasco niega que existiera esta intención entre los colonizadores, aunque considera que Abascal veía en Alemania un contrapeso a Estados Unidos, ya que pensaba que, en caso de que los estadounidenses perdieran la confrontación bélica, ello podría propiciar la derrota del régimen surgido de la Revolución Mexicana y la toma del poder por parte de los sinarquistas. Con todo, Ruiz Velasco enfatiza que, más allá de sus deseos personales, Abascal no emprendió ninguna acción que condujera a dicho cometido.³⁴

Un sinarquismo controlado

Cuando se instauró el servicio militar obligatorio el sinarquismo manifestó su radical oposición, pero las gestiones del régimen avilacamachista consiguieron que la derecha radical sinarquista se fuera moderando. El episcopado alabó que Ávila Camacho se hubiera declarado

creyente e invitó a los católicos a cooperar con el nuevo gobierno. Las buenas relaciones del avilacamachismo con la jerarquía católica influyeron en las actitudes de los católicos mexicanos, entre los que estaban los sinarquistas. Sin Abascal a la cabeza del movimiento, la nueva dirección sinarquista expresó sus deseos de cooperar con Estados Unidos y contrarrestar la propaganda comunista. El episcopado también apoyó al gobierno cuando México entró en la Segunda Guerra Mundial.

Los sinarquistas aceptaron el llamamiento a la unidad nacional, pero aclarando que seguirían luchando en contra de los artículos anticlericales de la Constitución de 1917. Finalmente la dirección sinarquista aceptó que no había pugna entre el panamericanismo y la hispanidad.³⁵

Si se había pensado que el sinarquismo podía llegar a ser un obstáculo para la gobernabilidad del país, las acciones del gobierno y de la jerarquía católica lograron que esta organización se transformara en una oposición moderada, aunque un sector del movimiento siguiera defendiendo una posición más radical. No obstante, el gobierno mantuvo una estrecha vigilancia de las reuniones sinarquistas, al tiempo que trataba de obstaculizar todo lo posible las actividades de este movimiento.

La óptica de los agrupamientos críticos de izquierda

El comunismo mexicano entró a la época avilacamachista en plena crisis de identidad. A finales de los años treinta, como consecuencia de la política de unidad a toda costa promovida desde Moscú, los comunistas llegaron a ver en el PRM el trasunto mexicano de los Frentes Populares europeos. El Partido Comunista de México se llenó de gente que se afiliaba para conseguir algún puesto en la burocracia estatal. Las luchas de masas se mitigaron, y se perdió la independencia partidista.





A la sombra de Lombardo

Desde mediados de los treinta Moscú reconoció la importancia del papel de Vicente Lombardo Toledano al frente de la CTM. Por su parte, Lombardo desconfiaba de los comunistas criollos. No obstante, el Partido Comunista se puso detrás de las directrices de Lombardo.³⁶ En la primera mitad de los años cuarenta los comunistas se enfrascaron en luchas internas y seguían dando un apoyo acrítico al gobierno. Las visiones que tenían de la guerra Lombardo y Narciso Bassols influyeron en las discusiones de los comunistas mexicanos. Mientras el primero defendía que había que considerar a la guerra como una sola, el segundo sostenía que se trataba de dos guerras: por un lado, la sostenida entre el imperialismo y el nazismo, y, por el otro, la entablada por la URSS para sobrevivir e imponerse al ataque fascista.

A mediados de 1941 Hitler ordenó un gigantesco ataque militar contra la Unión Soviética. En México, sin importar las amenazas de agresión de la organización de tinte fascista llamada «Camisas Doradas», los grupos de izquierda se reunieron para protestar por esa agresión y para demandar al gobierno de Ávila Camacho el restablecimiento de las relaciones con la Unión Soviética. Vicente Lombardo Toledano llamó a conformar un Frente Nacional contra el nazifascismo. La presión popular acabó moviendo al gobierno mexicano a restablecer las relaciones diplomáticas con la URSS a finales de 1942, si bien lo hizo con ciertas reticencias.³⁷ Las relaciones con la URSS mejoraron un tanto durante la guerra. En 1943, ante las victorias del Ejército Rojo, el ejército mexicano le rindió un homenaje, y Ávila Camacho envió una carta en el que afirmaba su amistad con la URSS. En ella, el presidente recalca que, al asociarse «en nombre de México a la emoción con que hoy celebra la Unión Soviética (...), expreso los mejores deseos porque el triunfo común de nuestros ideales redunde en el establecimiento de una paz sustentada sobre bases de justicia y

de equidad para todos los hombres».³⁸ A finales de ese año el Congreso hizo una sesión solemne a la que invitó al embajador soviético. Todavía a mediados de 1945 diversas instituciones obreras, campesinas, populares, profesionales, culturales, científicas y deportivas celebraron la victoria del Ejército Rojo. El inicio de la Guerra Fría, poco tiempo después, y el alineamiento de México con Estados Unidos y el bloque occidental modificarían esta actitud.

Un agrupamiento crítico

Algunos disidentes criticaban que el Partido Comunista no emitiera opiniones claras y oportunas sobre los problemas nacionales. José Revueltas insistía en que la principal debilidad de la Revolución mexicana y del movimiento popular se debía a la ausencia de una verdadera vanguardia de la clase obrera. En 1944 Lombardo propició la formación de la Liga Socialista Mexicana en la que se integraron varias agrupaciones radicales de izquierda. Habiendo revisado la situación de México, se llegó al planteamiento de que en esos momentos no se podía luchar por el establecimiento en México de un régimen socialista, por lo que habría que limitarse a rescatar los objetivos de la Revolución Mexicana.

Con esta iniciativa, Lombardo buscaba unir a todas las agrupaciones progresistas con excepción de conservadores y fascistas. Sin embargo, las divisiones entre los grupos de la izquierda no gubernamental hicieron que la Liga tuviera una existencia efímera. Las primeras disensiones se produjeron cuando el líder ferrocarrilero Valentín Campa trató de organizar una huelga para conseguir mejoras salariales y Lombardo lo acusó de socavar la alianza en contra del nazifascismo. Campa respondió que la situación de guerra estaba siendo utilizada por la burguesía para especular contra los trabajadores. Hacia mediados de 1945 uno de los grupos de izquierda, el Círculo Morelos, planteó como puntos básicos la industrialización del país, la modernización de la agricultura, el mejoramiento de la situación





de las masas populares, el perfeccionamiento de las instituciones democráticas y la depuración y moralización del aparato gubernamental. Uno de sus dirigentes era el propio Campa, que dirigía una campaña en contra de la escandalosa corrupción del hermano del presidente, quien se encontraba al frente de la Secretaría de Comunicaciones. El Círculo hacía un llamado a proseguir la lucha en contra del fascismo, pero también a defenderse del imperialismo estadounidense. No obstante, el ámbito de acción de esta agrupación era el nacionalismo revolucionario, lo cual la colocaba en la dinámica de apoyar al gobierno, si bien el Círculo Morelos no lo hacía de una manera acrítica. Por eso se opuso a la forma cupular en que el lombardismo había influido en la designación de Miguel Alemán como candidato oficial del PRI y se pronunció en contra del programa político que había proclamado este candidato. La CTM descalificó entonces al Círculo Morelos como preconizador de la división de las fuerzas democráticas agrupadas en la candidatura única oficial. El Círculo se defendió argumentando que defendía la democracia, por lo que no podía estar de acuerdo con la utilización de procedimientos antidemocráticos dentro de las organizaciones de masas, en particular en los sindicatos, y que no podía aceptar que los asuntos políticos de los trabajadores se resolvieran desde arriba en pequeños cónclaves de líderes. Ese proceder le había arrebatado a los sectores organizados las posibilidades reales de selección de un candidato propio. Sin embargo, para que no se le viera como una fuerza divisionista aceptó apoyar la candidatura alemanista pero sin abandonar sus reservas.

Un problema sobre el que debía pronunciarse el candidato era precisamente sobre la grave carestía de productos básicos producida por la guerra. El Círculo Morelos advertía que el pueblo votaría en la medida en que el gobierno acertara a poner pan, vestido y vivienda al alcance de las mayorías trabajadoras. El candidato debía luchar contra la carestía y en pro de

reformas sociales. Se tendría que luchar contra la inflación, perfeccionar la recaudación de impuestos, prohibir la exportación de víveres y la importación de artículos de lujo, establecer un monopolio de artículos de primera necesidad en manos del gobierno para resolver los problemas de subsistencia. Otro punto que demandaba el Círculo Morelos era la cuestión agraria. Habría que comprometer al candidato a la entrega de tierras y a que ofreciera ayuda a los campesinos y pequeños propietarios. Campa insistía en que en el programa del nuevo candidato debía haber claridad respecto a la nacionalización de los ferrocarriles. El Círculo Morelos detectaba que en las filas alemanistas había fascistas, por lo que pedía que hubiera una depuración de los quintacolumnistas.

Conforme fue avanzando la campaña en la primera mitad de 1946 el Círculo Morelos siguió detectando problemas en el programa alemanista. Mientras el candidato ofrecía al capital extranjero que se vinculara con los distintos capitales mexicanos para invertir en México, esta agrupación aducía que eso acentuaría la explotación colonialista, por lo que había que sujetar a dicho capital a las leyes mexicanas. El Círculo Morelos también estaba en contra del tipo de cambio propuesto por el equipo de Alemán porque favorecía a las compañías exportadoras, por lo general extranjeras, y perjudicaba a la industria nacional. Exigía hacer del crédito un instrumento para la industrialización del país y acusaba a la banca de ser un sistema agiotista y de especulación. Otra exigencia democrática que no veía cumplida era el reconocimiento de que las mujeres tuvieran el derecho a votar. Para el Círculo, la campaña alemanista se desarrollaba impulsando un programa antipopular.

Otra de las preocupaciones del Círculo Morelos tenía que ver con los acontecimientos mundiales. Después de la guerra, Estados Unidos e Inglaterra empezaron a desmarcarse de la alianza con la URSS en un ambiente en el que se hablaba de una tercera guerra, agravada por el





entonces monopolio estadounidense del arma nuclear. Este grupo veía que la situación internacional se tornaba cada vez más peligrosa para México. Creía que existía una debilidad organizativa de las masas populares. Existía división entre las centrales obreras y no pocos líderes habían caído en la corrupción. En la Universidad Nacional existía un creciente predominio de las tendencias de derecha. Esas mismas preocupaciones llevaron a Lombardo a propiciar la organización de una mesa redonda de organizaciones marxistas a mediados de 1946, aunque no se llevó a cabo hasta principios del año siguiente. Lombardo planteó en la misma que la burguesía progresista y el gobierno requerían de un fuerte respaldo popular con el fin de poder crear una economía sólida. Para el dirigente sindical era el momento de pasar del capitalismo mercantil al industrial. Lombardo defendía que Alemán representaba a esa burguesía progresista. Por el contrario, una fracción de la izquierda desconfiaba de ese supuesto progresismo.³⁹ Sin embargo, el conjunto de la izquierda, pese a sus contradicciones, apoyó al avilacamachismo hasta el final, pese a considerar que había dejado como su sucesor a un personaje como Alemán, cuyo programa no iba dirigido a satisfacer los intereses populares.

Una visión de conjunto

Después de su enfrentamiento con el cardenismo, la burguesía industrial tuvo un período de expansión durante el sexenio de Ávila Camacho, auspiciado por la coyuntura abierta por la Segunda Guerra Mundial. Las inversiones y el crédito estadounidense afluyeron a México y permitieron al régimen realizar importantes inversiones en carreteras, ferrocarriles, electricidad y obras de riego; se ampliaron las redes de correo y telégrafos y se impulsó el crecimiento de las transmisiones de radio. La industria fue protegida. En ese sexenio se cuadruplicarían los valores industriales. La coyuntura bélica atrajo a capitales golondrinas de Estados Unidos

y de Europa. Se propició el crecimiento de la industria azucarera y siderúrgica; se consolidó la industria de transformación, sobre todo en aceites vegetales, hule, cerveza y cementos; creció también la industria del vestido, del calzado y de la alimentación. La guerra propició además que México exportara masivamente materias primas agrícolas y minerales para la producción bélica y, a cambio, pudiera importar maquinaria y herramientas. De esta manera, la coyuntura económica enriqueció al empresariado. Ello determinó que los empresarios acabaran identificándose con el régimen avilacamachista y culparan a la demagogia cardenista de haber sido la causante de los problemas económicos del país. Como contrapartida, la participación mexicana en el conflicto fue más bien simbólica, limitada al envío casi al final de una escuadrilla aérea a Filipinas, el Escuadrón 201.

No toda la sociedad se benefició por igual de esta etapa de desarrollo. El gobierno tuvo que intervenir en la regulación del mercado de subsistencias debido al continuo crecimiento de los precios. Los comerciantes, que habían especulado con la inflación, se opusieron y los controles no impidieron que hubiera concentración de ingresos en el ramo comercial. La administración frenó el reparto agrario y desvió buena parte de la inversión destinada hacia la gran propiedad agroexportadora. El flujo de mano de obra hacia Estados Unidos durante el conflicto provocó asimismo problemas en el sector agrícola, a los que se unieron los efectos sobre el agro de una sequía prolongada.

La administración de Ávila Camacho trató de resolver estos problemas de manera armoniosa. En abril de 1945 tuvo lugar el pacto obrero-industrial y el nacimiento de una organización industrial nacionalista, pese a que la elite patronal no veía con buenos ojos la intervención del Estado en la economía a excepción, claro está, de las medidas proteccionistas que permitieron su desarrollo. En la época avilacamachista prevalecieron generalmente los puntos de vista de la patronal sobre los de la Secretaría del Tra-





bajo y las organizaciones obreras y campesinas. Hubo una importante devaluación del peso y se disparó la inflación, provocando el consiguiente aumento del precio de los productos de primera necesidad. Sin embargo, el gobierno logró mantener el respaldo de las agrupaciones obreras y campesinas encuadradas corporativamente en el partido de Estado, en parte gracias a la creación del Instituto Mexicano de Seguro Social. La coyuntura bélica favorecía una política de unidad nacional. Un acto simbólico fue el acercamiento nacional que escenificó con la reunión de todos los ex presidentes vivos. No había que olvidar que Cárdenas había expulsado del país a Calles. Se llamaba a dejar de lado diferencias ideológicas para impulsar al país que se encontraba implicado en una guerra mundial.⁴⁰ Como una defensa en tiempos de guerra contra manipulaciones internas del bando enemigo se instauró el delito de disolución social, el cual paradójicamente no fue aplicado mientras duró el conflicto, pero sí sería utilizado por posteriores gobiernos posrevolucionarios contra la disidencia izquierdista.

La derecha confiaba en términos generales en la administración avilacamachista debido al predominio dentro de la misma de elementos ideológicamente afines, aunque desconfiaba de las personalidades de tendencia izquierdista que también se encontraban en el gabinete. Los sectores más conservadores de la sociedad mexicana querían más concesiones, pero lograron que se abandonara la educación socialista, que se permitiera la educación privada y fuera tolerada hasta la confesional. Por otra parte, la conflictividad social disminuyó considerablemente ya que las grandes masas de obreros y campesinos estaban bajo el control de organizaciones supeditadas al refundado PRI. La izquierda salió debilitada de la crisis que puso fin al cardenismo. A lo largo de todo el periodo avilacamachista mantuvo su apoyo al gobierno, en parte para no quedar marginada, en parte por su temor al avance del nazifascismo. Es cierto que, aliada a las organizaciones de masas supeditadas al ré-

gimen, consiguió hacer realidad algunas de sus demandas, como el restablecimiento de las relaciones con al URSS.⁴¹ Como un espejo de la derecha, confiaba en los elementos progresistas que estaban en el gobierno y desconfiaba de los reaccionarios que también se encontraban ahí. Ávila Camacho moderó a derechistas e izquierdistas y perfeccionó el antidemocrático control de los mecanismos electorales por parte del régimen. Las presiones de Estados Unidos le llevaron a controlar el avance del sinarquismo, que constituía una especie de extrema derecha popular y que fue la tendencia que experimentó una mayor presión por parte del ejecutivo, que consiguió reducir considerablemente su influencia. Tal vez por esto mismo en abril de 1944 Ávila Camacho sufrió un atentado por parte de un sinarquista radical. No habría que dejar de lado un aspecto que era común a las tendencias de izquierda y de derecha. Si bien cada una de ellas expresaba, por razones ideológicas, su simpatía o animadversión hacia la Unión Soviética, las dos tendencias compartían sus temores respecto al imperialismo estadounidense. Otro punto en el que concordaron los dos extremos del arco político fue la crítica hacia la tolerancia del presidente con los excesos de su hermano, el general Maximino Ávila Camacho, quien impuso un férreo caciquismo sobre Puebla y que, a nivel nacional, protagonizó una escandalosa corrupción desde la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas. Con todo, Ávila Camacho no respaldó las ambiciones presidenciales de su hermano e impulsó la sucesión de Miguel Alemán. Con ello, los generales dejaban de ser presidentes para dejar paso a los civilistas, herederos últimos del proceso revolucionario, los cuales se mostrarían en general más codiciosos y corruptos que sus predecesores, haciendo que el régimen se derechizara mientras aumentaba el descontento popular y la represión.





NOTAS

- ¹ A finales del siglo XX y a principios del siglo XXI revisé en la ciudad de México el Archivo de Manuel Gómez Morín (AMGM), depositado en el Centro Cultural Manuel Gómez Morín del Instituto Tecnológico Autónomo de México, y obtuve el permiso de la familia para revisar en Guadalajara el archivo personal de Efraín González Luna (AEGL). Posteriormente, esta correspondencia sería publicada en cinco volúmenes. Véase GONZÁLEZ LUNA, Ana María y GÓMEZ MORÍN, Alejandra (eds.), *Una amistad sin sombras. Correspondencia entre Manuel Gómez Morín y Efraín González Luna*, México, Fondo de Cultura Económica y Fundación Rafael Preciado, 2010.
- ² Cartas entre Efraín González Luna y Manuel Gómez Morín 16, 20 y 23 de agosto de 1941 (AMGM).
- ³ Cartas entre Efraín González Luna y Manuel Gómez Morín, 25 de febrero, 2 y 5 de marzo de 1942 (AMGM).
- ⁴ Carta de Efraín González Luna a Gabriel Méndez Plancarte 20 de diciembre de 1941 (AEGL).
- ⁵ *Ibidem*.
- ⁶ *Ibidem*.
- ⁷ Carta de Efraín González Luna a Antonio Gómez Robledo, 12 de mayo de 1942 (AEGL).
- ⁸ *Ibidem*.
- ⁹ GONZÁLEZ LUNA, Efraín, «Contra ellos, la oración», en *La Nación*, n.º 29, 2 de mayo de 1942.
- ¹⁰ GONZÁLEZ LUNA, Efraín, «Suicidio del Occidente», en *Boletín*, n.º 62, mayo de 1942.
- ¹¹ LOAEZA, Soledad, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 189.
- ¹² PAN, Instrucciones a los comités locales, junio de 1942. Archivo del Comité Estatal del PAN de Jalisco.
- ¹³ Cartas entre Efraín González Luna y Manuel Gómez Morín, 4, 11, 14 y 18 de enero de 1943 (AMGM).
- ¹⁴ *Novedades*, n.º 136, 20 de febrero de 1943.
- ¹⁵ Véase la correspondencia cruzada por este motivo entre Efraín González Luna y Manuel Gómez Morín en octubre de 1943 (AMGM).
- ¹⁶ Carta de Efraín González Luna a Manuel Gómez Morín, 5 de agosto de 1948 (AMGM).
- ¹⁷ GONZÁLEZ LUNA, Efraín, «Comedia y realidad de América», en *La Nación*, n.º 170, 13 de enero de 1945.
- ¹⁸ GONZÁLEZ LUNA, Efraín, «Perdiendo la paz», en *La Nación*, n.º 209, 13 de octubre de 1945.
- ¹⁹ Sobre el concepto de democracia en González Luna, véase ALONSO, Jorge, «La democracia según Efraín González Luna», en VVAA, *Seminario Internacional del Pensamiento de Don Efraín González Luna*, Guadalajara, PAN, 1999, 261-275.
- ²⁰ El 7 de mayo de 1947, un informe de la administración estadounidense criticó a los gobiernos de Argentina, España y Portugal que rigieron los destinos de esos países en la época de la Segunda Guerra Mundial. Aseguró que su neutralidad contribuyó a prolongar esa guerra. El subsecretario de Comercio de Estados Unidos condenó que esos gobiernos hubieran aceptado mercancías y depósitos de oro del régimen genocida de Hitler.
- ²¹ GONZÁLEZ LUNA, Efraín, «Una guerra ideológica», en *La Nación*, n.º 212, 3 de noviembre de 1945.
- ²² GONZÁLEZ LUNA, Efraín, «La fabulosa estafa», en *La Nación*, n.º 229, 2 de marzo de 1946.
- ²³ GONZÁLEZ LUNA, Efraín, «El plebiscito guadalupano», en *La Nación*, n.º 211, 27 de octubre de 1945.
- ²⁴ Cartas de Manuel Gómez Morín a Efraín González Luna, 2 y 8 de enero de 1946 (AMGM).
- ²⁵ Carta de Manuel Gómez Morín a Efraín González Luna, 25 de febrero de 1946 (AMGM).
- ²⁶ Sobre la posición del PAN hacia la Ley Electoral de 1946, véase LOAEZA, Soledad, *El Partido Acción...», op. cit.*, pp. 212-214.
- ²⁷ Sobre la Ley electoral de 1946, véase ARREOLA, Álvaro, «La Ley electoral de 1946», *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 50, n.º 3, 1988, pp. 169-187.
- ²⁸ GONZÁLEZ LUNA, Efraín, «Balance de una campaña. I Un pueblo, II Un partido, III Una facción» en *La Nación*, núms. 260, 261, 262; 5, 12 y 19 de octubre de 1946.
- ²⁹ Para un análisis bibliográfico del tema, véase ALONSO, Jorge (coord.), *El PDM, movimiento regional*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1989 y HERNÁNDEZ GARCÍA DE LEÓN, Héctor, *Historia política del sinarquismo, 1934-1944*, México, Ángel Porrúa, Universidad Iberoamericana, 2004.
- ³⁰ RUIZ VELASCO, Rodrigo, «Salvador Abascal o la milicia del espíritu», Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Guadalajara, 2010.
- ³¹ *Ibidem*, p. 78.
- ³² *Ibidem*, p. 84.
- ³³ *Ibidem*, pp. 84-85. Sobre el proyecto de colonización sinarquista en Baja California, véase también CAMPBELL, Hugh G., *La derecha radical en México. 1929-1949*, México, Sepsetentas, 1976, pp. 153-155.
- ³⁴ RUIZ VELASCO, Rodrigo, «Salvador Abascal o...», *op. cit.*, p. 87.
- ³⁵ Sobre esta cuestión, véase CAMPBELL, Hugh G., *La derecha radical...», op. cit.*, pp. 147-165.
- ³⁶ MAC GREGOR CAMPUZANO, Javier, «Browderismo, unidad nacional y crisis ideológica: el Partido Comunista Mexicano en la encrucijada (1940-1950)», *Iztapalapa*, n.º 36, enero-junio de 1995, pp. 174-176.
- ³⁷ MONTEÓN, Humberto, «El restablecimiento de relaciones con la Unión Soviética: una conquista del pueblo mexicano», en MONTEÓN, Humberto (coord.), *México en la gran guerra patria del pueblo soviético*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1985, pp. 11-22.
- ³⁸ ÁVILA CAMACHO, Manuel, «Mensaje al pueblo soviético», *El Nacional*, 23 de junio de 1943.
- ³⁹ Sobre las razones de esta desconfianza, véase ALONSO, Jorge, *En busca de la convergencia*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1990.
- ⁴⁰ Sobre esta cuestión, véase ALONSO, Jorge, *La dialéctica clases-elites en México*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1976.
- ⁴¹ También el avilacamachismo restableció las relaciones diplomáticas con la Gran Bretaña, rotas por la nacionalización petrolera cardenista; pero esta acción fue producto más bien del cálculo de la guerra y no por alguna presión de organizaciones masivas mexicanas. JAYNE, Catherine E.,



EXPEDIENTE

Jorge Alonso

Oil, War and Anglo-American Relations: American and British Reactions to Mexico's Expropriation of Foreign Oil Properties, 1937-1941, Westport, Greenwood, 2000, 189-191.



Lázaro Cárdenas y Castillo Nájera

